

# El Teatro "Martí", Monumento Nacional

*El País, a.m.*

(Por E. PIZZI DE PORRAS)

3-4-45

**Y**A ven, el teatro «Martí» como monumento nacional sí estará bien. La primera Carta Fundamental de la República, solemnemente firmada el 21 de febrero de 1901 por los 31 delegados que la estructuraron, fue discutida, acordada y redactada bajo ese techo. Los pueblos tienen que vivir un poco de sus recuerdos gloriosos y de sus honrosas tradiciones. Los romanticismos no son infecundos cuando excitan la emulación e invitan al noble ejemplo; son infructíferos, cuando se contraen a la pasividad contemplativa y al sopor estéril del platonismo inútil.

Trasladémonos con la imaginación a los lejanos días del año uno de los comienzos del siglo. Será como un regreso al encuentro de

«novedades» retrospectivas. Vamos hacia el teatro «Martí», a presenciar una reunión de la Asamblea Constituyente. Alrededor del Parque Central todo se nos ha cambiado. Ahora no es Manzana de Gómez, sino el «Bazar de las 38 Puertas» de aquel dinámico, bonachón y pintoresco praviario, todo ornamentado de brillantes como avellanas, que se llamó Carneado. El Centro Asturiano no tiene esta arquitectura rematada con mesas de billar patas arriba, ni tantas lámparas. En una esquina, el teatro «Albisu». En los bajos, cafetines para la gente bohemia de las letras y de las tablas.

Apuremos el paso. Bazar y Centro, dos pólizas de seguros para el consumo del fuego purificador. De la otra parte tenemos el teatro «Tacón» junto a un cuartel de bomberos. Todavía no hay Centro Gallego ahí, ni el teatro es «Nacional». Sigamos. No hay Capitolio, ni se sueña. En el patio de ferrocarriles, las locomotoras dan cortes y lanzan silbidos. Carretones tirados por recias parejas de mulas se arriman a las tarimas de las naves de embarque de la Estación de Villanueva. Fornidos muchachos vienen desde los almacenes de Muralla cargados de pesados bultos que les encienden de grana los cachetes rollizos, a despacharlos en el tren. El Campo de Marte está sombreado y fresco, por la arboleda tropical que con los años habría de talarle el mal gusto de la Plaza de la Fraternidad. La Fuente de la India tiene agua. Recordemos que todavía no es alcalde de La Habana el Dr. Raúl Menocal y Se-va... sin darnos agua. Hacia la izquierda, antes de llegar al «Martí», en la esquina de Prado y Dragones, el Centro Gallego, tan ilustre como ahora, pero más modesto y sin título. Por fin nos acercamos a la escena.

Están entrando los delegados. No visten «guayabanas» ni camisas de playa. Se respetan y saben respetar a los demás; saludan quitándose el sombrero. Algunos vienen de chaqué. Aunque es invierno, no faltan quienes vengan pulcramente vestidos de blanco, cubiertos con finos jipijapas. Tal vez uno que otro se acerca en coche, pero la mayoría llega a pie, por entre el pueblo, hombro a hombro con el pueblo. No se conocen aún las actitudes fugitivas, ni los esquinazos, ni la desdenosa esquizvez de los encuentros de los hombres representativos con el pueblo. Tampoco se conocen las estafas electorales a la opinión pública.

Ved quienes llegan: Salvador Cisneros Betancourt, convencional ahora, como antes lo fue en La Yaya y en Jimaguayú; y mucho antes, cuarenta años antes, en Guáimaro. Dos delegados que también actuaron en Jimaguayú: Manduley del Río y Rafael Portuondo. Cuatro más de La Yaya: Lauret, Fernández de Castro, el general Alemán, y el general Domingo Méndez Capote que preside ahora. Miremos, miremos. Ahí vienen más. A ver si nos suenan sus nombres: Gonzalo de Quesada, Manuel Sanguily, Diego Tamayo, Eliseo Giberga, Morúa Delgado, Juan Gualberto Gómez. ¿Más nombres que digan algo? Alfredo Zayas y Enrique Villuendas, los dos secretarios de la Constituyente. El general Rius Rivera, vicepresidente. Miguel Gener, Alejandro Rodríguez, Pedro Betancourt, José Miguel Gómez, Monteagudo, Bravo Correo, Castillo Duany...



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



La Carta Fundamental que se redacta será base inconvencible de la nacionalidad. Cuando se la adultere, vulnerándola como va a suceder en 1928, costará sangre y desquiciamiento. Cuando se derogue su vigencia, ni Consejo de Estado ni Congreso harán en 1935 y 1936 nada mejor. Cuando se la sustituya en 1940, todo será dar vueltas a su alrededor, ampliándola en el doble el articulado y escondiéndole en los repliegues pequenezes y mordacidades personales, de retrato; pero nada que desautorice la majestad y la moral cívica de la Carta inicial.

Magistrales discursos para la Historia en la Constituyente de 1901. Debates de alta jerarquía. Generosidad y desinterés. Patriotismo, no chauvinismo. Pongamos expectantes todos los sentidos. Va a hablar Juan Gualberto Gómez. El general Méndez Capote acaba de concederle el uso de la palabra. Gonzalo de Quesada se mesa la espesa cabellera, como para escucharle mejor. Sanguily acentúa su perfil de águila, agudizado en el gesto de atención. El marqués de Santa Lucía se revuelve y acomoda en el sillón, apoya la mejilla en la mano venosa, delgada y fina, y despliega el entrecejo que estaba como encogido en la evocación de los días de Guáimaro. Ahora no confeccionan el anteproyecto Zambrana e Ignacio Agramonte, ni preside Carlos Manuel de Céspedes; pero está en la presidencia Méndez Capote y vamos a escuchar el encendido verbo de Juan Gualberto Gómez. Todo es silencio y recogimiento. Se oiría en el ámbito el volar de una mosca. Juan Gualberto comienza con su voz pastosa y bien entonada, y su acento de buen castellano: Señor presidente y señores delegados a la Asamblea Constituyente...

Pero... ¡despierta, tropical! Estamos en 1945, y esas no son sino glorias pasadas. Bajo la techumbre del teatro «Martí» no suenan más que carcajadas estridentes en pago de los chistes de mal gusto. En la escena, la chabacanería grosera de la «mulata» artificial y gritona, siempre dispuesta a usufructuar y engañar al «gallego» imbécil y consentidor, con el «negrito» cobardón, vividor, mariguanero y vago. Chocarrería en concupiscencia con el más inmundo cotorreo solariego. Degradación de lo que fue un día el arte de Regino López, Manolo de La Presa y Arquimedes Pous. Ni trama, ni libretos, ni música, ni pintura en la escenografía, ni nada. Pura bazofia. Ni siquiera la nota amable de la belleza, la frescura sana y la alegría. Salen las coristas a cantar y a bailar. Parecen un desmayado desfile de reumáticas atormentadas por amigdalitis y afonías, que ni cantan, ni bailan, ni representan la gracia, el donaire y la hermosura de la mujer cubana.

Que me perdone la farándula, pero ese es el «arte» que se ve en el teatro «Martí». Hombres y mujeres, algunos con verdaderas condiciones artísticas, buenos histriones de rica veta cómica; pero fatalmente asidos a las tablas de naufragio de un teatro fácil, pobre, negación del buen gusto, falseador de las costumbres, y si no pornográfico, inmoral por lo menos.

Con la desaparición del teatro «Martí» como tal, y del anquilosamiento o enquistamiento de ese mal arte que ahí parece como «tradicionalmente» refugiado, tal vez se produciría una reacción beneficiosa para los autores y para quienes de verdad son artistas de la escena y están facultados para mucho más y mejor que lo que hacen en «Martí».

Hasta por eso sería bueno que se declarase monumento nacional al viejo coliseo que fue escenario de la primera Asamblea Constituyente de la República. Y por lo demás, mucho ojo. Ya en otra ocasión, no recordamos qué Gobierno pretendió adquirir el teatro «Martí» para fines culturales, y el propietario del inmueble pidió setecientos mil millones o algo así. La adquisición de un lugar u objeto histórico por el Estado, no puede ser motivo de lucro infecto. ¿Hay que hacer la expropiación?, pues se hace. El interés nacional y colectivo está completamente por encima de las agallas personales. Se compone una comisión de hombres irreprochables de conducta, honestos, de responsabilidad, capaces y limpios. Esa comisión estudia y calcula lo que costó y lo que vale el inmueble, la renta que debía rendir y la que efectivamente rinde, y falla su veredicto: esto vale tanto, y ahí lo tiene. No sirven ambiciones, intentos de «serrucho», torceduras de cara, ni protestas y recursos. La República Argentina ha hecho y sigue haciendo de Buenos Aires una capital primera de primera, gracias a su gran ley de expropiaciones.

Y luego, un buen baldeo que alcance a todos los rincones del «Martí», con sus agregados de desratización y copiosos duchazos de flit. Y en lo adelante, que sea museo, biblioteca, sala oficial para conferencias públicas, conciertos, recitales, exposiciones, en fin, algo que nos honre y honre a Cuba; algo noble y digno de ese histórico lugar.

